

Des-hegemonizando: los avatares del extractivismo en América Latina

Jerónimo RÍOS SIERRA
Universidad Complutense de Madrid
jeronimo_rios@hotmail.com

Gabriela Massuh (ed.) (2012) *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Mardulce, 336 pp. ISBN: 978-987-26965-8-0.

El libro objeto de esta reseña incluye un conjunto de diez ensayos a través de los cuales sus diferentes autores buscan identificar los diferentes elementos y escenarios que, dentro del continente latinoamericano, guardan relación con el intrincado binomio que deriva de la relación entre neoliberalismo y extractivismo y su proyección sobre la concepción occidentalista de desarrollo.

En principio, la estructura formal del libro se organiza en torno a tres bloques; el primero trata de contextualizar la relación entre neoliberalismo, extractivismo y desarrollo en América Latina (Svampa, Antonelli, Zibechi y Gudybas). El segundo está formado por el ensayo de Teubal y Palmisano y el trabajo de Prada, que vinculan lo anterior con una mirada retrospectiva a los ciclos de desposesión. Y, finalmente, el tercero, donde se analizan las resistencias y rebeliones emergentes, especialmente en Bolivia y Ecuador, y que gravitan en torno a nociones como el “Buen Vivir” y el “Derecho a la Naturaleza” (Giarraca, Esteva, Acosta y Ceceña).

La matriz argumentativa común de casi todos los ensayos desemboca en el interés por presentar al lector de qué modo el “giro a la izquierda” acontecido en la última década en América Latina, si por un lado incorpora un discurso marcadamente anti-neoliberal, por otro, continúa haciendo valer un modelo primario, extractivo y exportador, al servicio del interés capitalista, y con consecuencias nefastas para la región en términos ambientales, sociales y culturales, sobre las que deriva urgente actuar.

Lo cierto es que pese a esta estructura tripartita del libro, en términos de contenido perfectamente se pueden identificar dos partes claramente diferenciadas. Por un lado, los primeros seis ensayos ahondarían en las contradicciones de buena parte de los gobiernos progresistas de la región, que se sirven del modelo extractivista y la noción occidental de desarrollo para coadyuvar un proceso de manifiesta reprimarización económica de la región. No obstante, dentro de los diferentes escenario que se presentan, cabe identificar posibilidades de ruptura sobre las que articular políticas alternativas desde el Estado, y que cobran sentido a través de conceptos como el “Buen Vivir”, quizá el elemento de mayor ruptura epistemológica respecto del imperativo hegemónico cultural proveniente del “centro”, y sobre el

que gravitan, dentro de un contenido menos analítico/descriptivo y más propositivo, los últimos cuatro ensayos.

Un punto de partida para contextualizar todo lo anterior se encuentra en cómo, lejos de cualquier atisbo de desaparición, el recetario hegemónico del neoliberalismo más voraz, el Consenso de Washington, hoy en día sigue persistiendo en América Latina, (re)articulado en lo que, en su ensayo, Svampa (p. 17) denomina como “Consenso de las *Commodities*”. Este “Consenso de las *Commodities*” respondería, conforme a lo anterior, a un modelo que, igualmente integrado dentro del neoliberalismo, se sirve de la lógica extractiva sobre bienes naturales sin valor agregado, su alta rentabilidad para los actores económicos —que no para las comunidades locales—, su abundancia y su tendencia alcista tanto en los precios como en el consumo del mercado internacional.

Asimismo, como otros rasgos definitorios, cabría destacar, de acuerdo con Giarraca (p. 203), unos elevados niveles de consumo, el empleo de grandes escalas de producción que desplazan a cualquier actividad y organización anterior, una orientación hacia las exportaciones que insatisfacen las necesidades internas, además de unas elevadas dosis de conflictividad con las comunidades locales preexistentes.

El “Consenso de las *Commodities*”, también denominado por Gudynas, en su ensayo, como “capitalismo benévolo” (p. 123) se erigiría pues, desde un extractivismo transversal, que afectaría igualmente a los recursos fósiles, a la producción de biocombustibles o al agro-negocio de la soja y el maíz, llevando consigo consecuencias más que perjudiciales para la región. Algunas de ellas, aparte de un reprimarización de las economías latinoamericanas —por encima incluso de los niveles de la década de los 1980—, serían la precarización del empleo rural, la conformación de una pérdida de soberanía alimentaria, la proliferación de prácticas de desposesión de tierra, además de elevadísimas dosis de fragmentación social y regional que, ahondando en las dinámicas socio-productivas del mercado internacional, han terminado por generar un escenario sumamente lesivo para el medioambiente y los Derechos Humanos.

Conforme a lo sugerido hasta el momento, y en atención a la heterogeneidad política e ideológica que actualmente presenta el continente latinoamericano, puede afirmarse que, en su relación con la modernidad capitalista y el modelo extractivista, afloran tres escenarios diferentes, que son abordados de manera general en los ensayos de Giarraca, Gudynas y Svampa, y de manera particular, por Zibechi y Prada, para los casos de Uruguay y Bolivia respectivamente.

El primero e enmarcaría en el desarrollismo puramente neoliberal, tal y como sucede con México, Colombia y Perú, donde dominan los parámetros tradicionales de conceptos como crecimiento, productividad o modernización, y no cabe lugar, dentro del poder establecido, a cuestionamientos sobre las estructuras, funcionalidades e instituciones propias del capitalismo.

Tal es la situación, que en México, tanto el gobierno como el propio sistema de partidos han favorecido la emergencia de conflictos entre campesinos e indígenas a fin de socavar las bases de solidaridad dentro de los escenarios más contestatarios.

Igualmente, en Colombia, las comunidades indígenas del Cauca vienen denunciando la concentración del conflicto sobre sus territorios dado el interés subrepticio que tras ello tienen las grandes empresas transnacionales.

Un segundo escenario se encontraría en lo que se puede entender como desarrollismo progresista, y que afectaría a buena parte de los gobiernos de izquierda del continente. En este caso, se plantearía un contexto de reforma del capitalismo, por un lado, a partir del rechazo al dogma neoliberal, y por otro, sobre la base de fortalecer la presencia estatal, nacionalizando los recursos propios, adoptando medidas de protección a la producción nacional y promoviendo una mayor regulación y control del entramado financiero.

Es en este segundo escenario donde se identifica una fuerte contradicción de partida, que si en lo discursivo se opone a cualquier elemento derivado del neoliberalismo, en la práctica responde a un sentido de desarrollo puramente neoliberal. Ello se denomina como la *ilusión desarrollista*, “expresada en la idea de que gracias a las oportunidades económicas actuales es posible acortar rápidamente la distancia con los países industrializados, a fin de alcanzar aquel desarrollo siempre prometido y nunca realizado de nuestras sociedades” (Svampa, p. 33). Un desarrollo entendido sobre directrices, claro está, lineales y deterministas provenientes el influjo occidental.

Un caso revelador de cómo entender este desarrollismo progresista lo representaría, de manera particular, Uruguay, donde la producción masiva de soja y madera han generado una elevada polaridad social y un incremento en la concentración de tierras. La flexibilidad de sus condiciones económicas y normativas ha favorecido la llegada de numerosas empresas multinacionales que han “extranjero” la economía uruguaya, y las cuáles están detrás de las más de 1,8 millones de hectáreas que, entre 2002 y 2008, han sido adquiridas a propietarios uruguayos (Zibechi, p. 89). Asimismo, estos grandes grupos empresariales, además de concentrar el cultivo de soja, han monopolizado el proceso extractivo y empobrecido y precarizado notablemente a un poder local rural, con todo, sumamente debilitado.

Tanto el desarrollismo neoliberal como su variante progresista, tal y como puede apreciarse, tienen numerosos puntos en común. El más relevante de ellos reposa en el componente de legitimación que se sirve de significados como gobernanza o desarrollo sustentable. Éste encuentra un caldo de cultivo prolífico en multitud de relatorías, informes, revistas académicas y otros tanto manuales de lecciones aprendidas que no pretenden sino ahondar en las potencialidades desarrollistas del modelo extractivista.

Del mismo modo, se entendería, como señala Antonelli en su trabajo, la creación de instituciones como el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI), perteneciente al Banco Mundial, y que desde 1996 ha servido de instancia decisoria de disputas inversor-Estado en más de 1.500 tratados bilaterales, sobre la base de propugnar que el extractivismo mejora los niveles de vida y favorece el desarrollo. Particularmente, para el caso latinoamericano se recogen 62 demandas, todas ellas de empresas sobre Estados, sirviendo así de arma

estratégica para que la extracción de recursos del modelo desarrollista, con independencia de su variante, no se vea impedida por posibles trabas o criterios sociales o ambientales.

Como un tercer escenario, de ruptura respecto de los dos anteriores y, por tanto, de la particular noción macrosocial, planificadora y centralizada del desarrollo de aquéllos, se debe entender el discurso (pos)desarrollista —y contra-hegemónico—, que aflora en Estados como Bolivia y Ecuador.

Aquí, las prácticas participativas e inclusivas de “lo local” y “lo regional” representan un claro distanciamiento, al menos en cierta medida, respecto de la interpretación de desarrollo y modernidad puramente neoliberal. Y es sólo parcial porque persiste un trasfondo de megaminería desarrollista en Ecuador y metalífera y del petróleo en el caso de Bolivia. En este último caso, más allá de su conformación como Estado plurinacional comunitario con orientación productiva hacia la soberanía alimentaria, de acuerdo con Prada (p. 187), no se ha terminado con una realidad expansiva en la explotación de recursos naturales que continúa sirviéndose de la precariedad de las fuerzas de trabajo y la connivencia con el sistema financiero especulativo-rentista.

No obstante, a su vez y paralelamente, de manera mayoritaria en Bolivia y Ecuador, pero también en otros lugares de México, Guatemala, Chile, Panamá o Paraguay, comienzan a consolidarse escenarios de convergencia de cosmovisiones decoloniales, ambientalistas, eco-feministas o eco-comunitarias, donde, sobre la base de enfoques interculturales y transculturales, surgen espacios alternativos a modo de resistencias e intentos por des-hegemonizar y deconstruir las contradicciones que ofrece el capitalismo respecto de los Derechos Humanos, colectivos, ambientales y de los pueblos ancestrales y las comunidades originarias. De acuerdo a esto, quedaría articulado el segundo grupo de ensayos, correspondientes, como se señaló, con los trabajos de Giarraca, Esteva, Acosta y Ceceña.

Todo este “nuevo” pensamiento vertebrado tiene ante sí un arduo proceso de producción y recreación, apenas expedito, de prácticas sostenibles sobre el territorio y de fortalecimiento de los instrumentos de gestión ambiental en atención a necesarios y profundos procesos de reforma económica y ecológica. Procesos donde el alter-desarrollo, la diversidad y la especificidad adquieran un protagonismo nuclear, y la deseabilidad de una mejor calidad de vida se disocie definitivamente del sentido consumista.

Para ello resulta imprescindible poner en el centro de la discusión lo que tiene que ver con el sentido de producción y sus medios, con miras a trascender, no sólo de la propia noción de desarrollo (pos-desarrollo), sino también del socialismo (pos-socialismo) en tanto que éste, tal y como reconoce Esteva (p. 280) citando a Teodor Shanin, es responsable de la transformación de su mensaje comunitarista en algo desvirtuado, vinculado al colectivismo, el estatismo y la autodestrucción.

En esa misma línea hacen especial énfasis los trabajos de Acosta y Ceceña, quienes comparten la necesidad de construir y representar un nuevo imaginario cultural que cobre sentido dentro una nueva identificación de las necesidades hu-

manas. Para ello, es necesario partir desde una perspectiva transcultural en la que quede superada la relación valor-trabajo, espoleada por la lógica de la acumulación, en detrimento de una nueva relación valor-vida donde prevalezca la dimensión más netamente humana y social.

Que tales circunstancias resulten posibles en buena medida pasa por cómo evolucionen y se fortalezcan nociones como el “Derecho a la Naturaleza” y el “Buen Vivir”, conformados ambos conceptos desde una cosmovisión donde se imbrican miradas ancestrales y horizontes prospectivos, y sobre la base de valores tales como solidaridad, sustentabilidad, reciprocidad, complementariedad, responsabilidad, eficiencia, suficiencia, diversidad cultural, identidad y democracia.

De este modo, se invita a pensar en la posibilidad de nuevos escenarios alter-capitalistas, donde esta economía sustentada en la solidaridad (re)construya un orden diferente de “relaciones de producción, de intercambio, de cooperación y de acumulación” (Acosta, p. 284). Puntos de partida como el “Buen Vivir” representarían una nueva posibilidad frente a las perspectivas hegemónicas de progreso, desarrollo y riqueza, (re)armonizando al ser humano con la Naturaleza en un viraje que debe transcurrir desde el antropocentrismo hacia el biocentrismo (Acosta, p. 297) y en el que el ser humano se convierta en un factor fundamental, a partir de la equiparación de todas las condiciones de vida y de trabajo, la (re)dignificación de la persona y la imposibilidad de la emergencia de cualquier otra estructura laboral de explotación.

Dicho esto, los factores económicos dejan de estar lastrados por las relaciones mercantiles, al subsumirse dentro de una relación dinámica y constructiva entre el Estado y la Sociedad, de la que se busca construir nuevas relaciones solidarias entre producción y consumo y donde, en todo momento, deben quedar satisfechas las demandas sociales sin, por ello, poner en peligro los ciclos ecológicos. Claro está, esto supone trascender con un modo de organización imperante durante los últimos 500 años a través de un proceso que debe transcurrir “deslizándose el razonamiento desde los espacios de interlocución con el capitalismo y sus institucionalidades hacia el interior de la comunidad, de lo cotidiano y de lo cercano” (Ceceña, p. 313).

En esta labor de des-hegemonización del imperativo cultural occidental igualmente deviene imprescindible recuperar el “sentido de la proporción” del que habla Esteva en su ensayo, y que no es sino otra forma de sentido común contra el despilfarro, el desecho, la destrucción y la injusticia, lo cual exige un ejercicio de repensar el poder en sentido foucaultiano y no en atención a la tradicional concepción leninista. Es decir, “no se trata de cambiar el mundo sin tomar el poder. En vez de tratar de tomar el poder artificial depositado en el Estado por medio de las elecciones, hace falta ejercer el poder real de la gente en la práctica de la transformación” (Esteva, p. 268).

Únicamente, y con todo lo anterior, es posible articular el (pos)desarrollo como una realidad alternativa al capitalismo y todo lo que éste supone.

Pese al importante ejercicio de reflexión a la que invita este conjunto de ensayos editados por Massuh, es momento de avanzar en la creación, experimentación y

consolidación de nuevos modos relacionales que ofrezcan soluciones y certidumbres más allá del capitalismo.

Consabidas las consecuencias perversas que el neoliberalismo ha dejado en América Latina, *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos)desarrollo en América Latina*, permite comprender por qué el extractivismo desarrollista tiene pleno vigor en América Latina, incluso cuando existen gobiernos y narrativas que desde la izquierda parecen invitar a pensar en lo contrario. Asimismo, permite reconocer la emergencia de resistencias y escenarios rupturistas articulados en torno a las nociones de “Buen Vivir” y el “Derecho a la Naturaleza”.

Tras lo sugerido por este conjunto de ensayos, el punto de partida para romper con el neoliberalismo y el extractivismo desarrollista debe partir de elementos perfectamente identificados por los autores y autoras, como la desmercantilización de la vida, la democracia de la tierra, la dispersión del poder, la expansión de lo común, la presencia —no participación— comunitaria sobre los asuntos públicos y la soberanía alimentaria. En suma, la labor más ardua, todavía está en ciernes, y pasa por consolidar estos espacios alternativos en los que Estado deje, definitivamente, de quedar subordinado a la economía, al *status quo* y a su inmovilismo incapaz.

¡El Buen Vivir será para todos y todas, o no será!